

En el hotel encontró una carta de Gounsovski: "No olvidéis por esta vez venir mañana a almorzar conmigo. Madama Gounsovski os envía un saludo afectuoso."

El joven pasó una horrible noche de insomnio, una noche en que sin cesar retumbaron en sus oídos los estallidos de la explosión y los clamores de los heridos. La sombra solemne del padre Alejo alargaba a Rouletabille un frasco lleno de veneno, y le decía: "*¡Fué Natacha, o fuiste tú!*" Luego surgía en las tinieblas el espectro de Miguel Nikolaievitch, *el inocente*, con la frente ensangrentada.

Por la mañana recibió una carta del Mariscal de la corte.

El Mariscal no debía de tener muy buenas noticias que comunicar al joven, porque en términos nada efusivos le invitaba a almorzar temprano, a mediodía, pues deseaba ver por última vez al repórter *antes de su partida para Francia*.

—¡ Bueno!—dijo Rouletabille.—¡ He aquí que el señor Mariscal me expide el pasaporte!

Y también esta vez se olvidó de la invitación de Gounsovski.

La cita era en el gran restaurant del *Oso*. Rouletabille llegó a mediodía, y preguntó al *schwitzar* si había llegado el gran Mariscal de la corte. Le respondió que aún no le habían visto, y fué conducido a una inmensa sala, donde todavía no había más que una sola persona, que se atracaba

de lo lindo en la mesa de los *zakouskis*. Al ruido de los pasos de Rouletabille en el entarimado, el hambriento cliente se volvió, y levantó los brazos al cielo reconociendo al repórter, que por su parte hubiera dado todos los rublos que llevaba en el bolsillo con tal de no ser reconocido. Pero ya se hallaba cara a cara con el abogado célebre por su formidable tenedor, el amable Atanasio Georgevitch, con la cabeza toda entrapajada de vendas, en medio de las cuales no se percibían distintamente más que los ojos, y sobre todo la boca.

—¿Cómo va eso, amigo mío?

—¿Y vos?

—¡Ah! ¡Eso no es nada! En ocho días será cosa concluida.

—¡Qué historia tan terrible!—dijo el repórter.—¡Bien creí que todos habíamos muerto!

—¡No, no! ¡No ha sido nada! ¡Nítchevó!

—¡Y ese pobre Tchichnikof, con ambas piernas rotas!

—¡Ah! Nítchevó! ¡Tiene dos excelentes aparatos que le reconstruirán dos buenas y sólidas piernas! ¡Nítchevó! ¡No pensemos más en ello! ¡No es nada! ¿Venís a almorzar aquí? Es una casa célebre. ¡Caracho!

Y se apresuró a hacerle los honores. Hubiérase dicho que el restaurant le pertenecía. Alabó calurosamente su arquitectura y su cocina "a la francesa".

—¿Conocéis en el mundo—le preguntó—una sala de restaurant *chic* que sea más grande?

En realidad, a Rouletabille, que levantó la cabeza hacia la alta bóveda de cristales, le pareció hallarse en el *hall* de una estación donde esperaran a algún ilustre viajero, porque había flores y plantas por todos lados; pero la visita que esperaba el *hall* era el tragón ruso, el ogro, que nunca dejaba de ir a comer al *Oso*. Señalando las filas de mesas

cubiertas con sus blancos manteles y su servicio resplandeciente, Atanasio Georgevitch decía con la boca llena:

—¡Ah, querido señor francés! ¡Hay que ver esto en una cena, con las mujeres, las alhajas y la música! En Francia no hay ni siquiera idea de cosa semejante. ¡Qué alegría, cuánto champagne, y qué de alhajas, caballero, por millones de millones de rublos! Nuestras mujeres sacan todo, todo lo que tienen. Se adornan como santos relicarios. Salen a relucir todas las joyas de la familia, el fondo de todos los cofres. ¡Ah; es magnífico, completamente ruso, moscovita! ¿Qué digo? ¡Asiático! Caballero, en las fiestas nocturnas somos asiáticos. Quiero deciros una cosa al oído. ¿Veis que esta enorme sala está rodeada de ventanas y balcones? Cada una de esas ventanas da a un gabinete particular. Mirad, caballero: aquella ventana...; sí, aquélla es la del gabinete del Gran Duque...; sí, el mismo. ¡Un gran duque jovialísimo! Pues bien; una noche había aquí inmensa multitud enloquecida, muchas familias, caballero, honorables familias, cuando de pronto se abrió la ventana, y una mujer completamente desnuda fué lanzada a la sala, que atravesó corriendo. Era una apuesta, caballero, una apuesta del alegre Gran Duque, y la señorita la ganó. Pero ¡qué escándalo! ¡Ah; no hablemos de eso! ¡Nos traería desgracia! Pero es muy asiático. ¿No es así? ¡Verdaderamente asiático! Pero es mucho más triste que en esta mesa... Era la noche del 1.º de Enero, y para cenar se había congregado en espléndida reunión toda la capital. Allá en el fondo, exactamente a media noche, la música empezó a tocar el *Bodje Tsara Krani* para inaugurar el alegre año ruso: todo el mundo se levantó, como era justo; y, como era el caso, oyó en religioso silencio. Pues bien; en esta mesa... Estaba allí con su familia un joven estudiante, muy bien vestido, muy correcto, luciendo un

espléndido uniforme. Aquel desdichado estudiante, que, como todo el mundo, se había levantado para oír el *Bodje Tsara Krani*, por inadvertencia apoyó una rodilla en el asiento. Entonces verdaderamente su actitud dejó de ser correcta; pero eso no era una razón para matarle. ¿Verdad? Ciertamente que no. Pues bien; un señor muy pequeño sacó del bolsillo un revólver, y a quemarropa disparó sobre el estudiante. Ya comprenderéis el escándalo que se armó. El estudiante había muerto. Allí al lado se hallaban unos periodistas de París, que no volvían de su asombro. ¡Mi palabra! M. Gastón Leroux estaba en aquella mesa. ¡Qué escándalo! Se entabló una verdadera batalla. Todo el mundo empezó a tirar botellas a la cabeza del asesino; porque era ni más ni menos que un asesino, un bebedor de sangre, un asiático. Se llevaron al asesino para curarle, porque sangraba por todas partes. En cuanto al muerto, ahí quedó tendido bajo un mantel mientras llegaba la policía, y la concurrencia siguió bebiendo en las otras mesas. ¿No es esto bastante asiático? Aquí, la mujer desnuda; allá, un cadáver. Y las joyas, y el champagne... ¿Qué os parece de todo esto?

—Su Excelencia el gran Mariscal de la corte os espera, caballero—dijo un criado desde la puerta.

Rouletabille estrechó la mano de Atanasio Georgevitch, que volvió a sus *zakouskis*, y siguió al intérprete, el cual entreabrió la puerta de un gabinete particular. Allí estaba el alto dignatario. Con esa política llena de encanto cuyo secreto conocen mejor que nadie los rusos de la buena sociedad, el Mariscal dió a entender a Rouletabille que había dejado de ser persona grata.

—No estáis en mucho predicamento con Kuprian, que os hace responsable de los fracasos que ha sufrido en este asunto.

—Kuprian tiene razón—respondió Rouletabille,—y Su Majestad debe creerle, porque es verdad. Pero no temáis nada de mí, señor Mariscal, porque ya no molestaré a Kuprian ni a nadie. Voy a desaparecer.

—Creo que Kuprian se ha encargado ya de visaros el pasaporte.

—Es muy bueno; pero se toma excesivo trabajo.

—Todo esto ha sido culpa vuestra, Sr. Rouletabille. Nosotros creíamos poder consideraros como un amigo, y, según parece, no habéis perdido ocasión de favorecer a nuestros enemigos.

—¿Quién ha dicho eso?

—Kuprian. ¡Ah! Es preciso estar con nosotros, y vos no lo estáis; y el que no está con nosotros, está contra nosotros. Sin duda lo comprenderéis. ¡Es preciso! Los terroristas han vuelto a los procedimientos del nihilismo que tan buen resultado les dieron contra Alejandro II. Si os dijese que han logrado establecer inteligencias hasta en el Palacio Real...

—¡Sí, sí!—dijo Rouletabille con voz apagada, como si ya estuviese apartado de todas las contingencias de este mundo.—Ya sé que el czar Alejandro II encontró algunas veces en la servilleta cartas que contenían su sentencia de muerte.

—Caballero, ayer mañana ocurrió en Palacio un acontecimiento tal vez más terrorífico que las cartas encontradas en su servilleta por Alejandro II.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se han encontrado bombas?

—No. Se trata de un suceso extraño e increíble. Los edredones, todos los edredones de la Familia imperial, desaparecieron ayer mañana (1).

(1) Histórico.

—¡Cómo!

—Como os lo digo. Y ha sido imposible averiguar qué fué de ellos... hasta ayer por la noche, que volvieron a encontrarse en su sitio en las habitaciones. ¡Nuevo misterio!

—Ciertamente. ¿Y por dónde se los habían llevado?

—Eso es lo que nunca se sabrá. Solamente se han hallado esta mañana dos plumas en el cuarto de la Emperatriz, lo cual induce a creer que por lo menos los edredones han debido de pasar por allí. He aquí las plumas encontradas. Tengo que entregárselas a Kuprian.

—¡Dejad que las vea!—dijo el repórter.

Rouletabille miró las plumas, y se las devolvió al Mariscal, preguntándole:

—¿Y qué deducís de todo esto?

—Creemos que debe considerarse como una advertencia de los revolucionarios. Desde el momento que pueden llevarse los edredones, comprenderéis que también les será fácil llevarse...

—¿La Familia imperial? No; no creo que se trate de eso.

—¿Pues qué creéis?

—¿Yo? ¡Nada! No solamente no creo nada, sino que no quiero pensar nada. Decidme, señor Mariscal: ¿sin duda será inútil que antes de mi partida pretenda ver a Su Majestad?

—¿Para qué, caballero? Ya lo sabemos todo. Natacha, a quien habéis defendido contra Kuprian, era muy culpable. El último incidente no puede dejarnos ninguna duda. *Su Majestad no quiere oír hablar de Natacha bajo ningún pretexto.*

—¿Y qué vais a hacer con esa joven?

—El Czar ha resuelto que no se instruya proceso, y que

la hija del general Trebassof sea enviada a Siberia administrativamente. El Czar, caballero, es muy bueno, porque hubiera podido mandar ahorcarla, y, en efecto, lo merece.

—¡Sí, sí; el Czar es muy bueno!

—¡Qué triste estáis, Sr. Rouletabille! ¿No coméis?

—No tengo apetito, señor Mariscal. Decidme: ¿no se aburre el Czar en Tsarskoie-Selo?

—¡Oh! ¡Tiene tanto que hacer! Se levanta a las siete, y toma un desayuno a la inglesa: *tea and toasts*; a las ocho se pone a trabajar hasta las diez; de diez a once pasea...

—¿En el pradillo?—preguntó inocentemente Rouletabille.

—¿Qué decís? ¡Ah; sois un niño terrible! Ciertamente, hacéis bien en marcharos. ¡Sí; ciertamente! Hasta las once se pasea por una avenida del parque; de once a una, recepción; a la una, el almuerzo; hasta las dos y media, en familia.

—¿Qué come?

—Sopa. Su Majestad adora la sopa. La toma en todas las comidas. Después de comer fuma; pero nunca cigarrillos, sino cigarrillos, regalo del Sultán, y no bebe más que un solo licor: marrasquino. A las dos y media va a tomar un poco de aire, también al parque. Luego vuelve al trabajo hasta las ocho: un trabajo espantoso, colosal, de asuntos menudos y de firma. Ningún secretario puede librarle de esa ingrata y burocrática tarea. Hay que firmar, firmar, firmar; y leer, leer, leer informes. Es un trabajo sin término. Unas comunicaciones van, y otras vienen. A las ocho cena, y después vuelve a firmar y a trabajar hasta las once. A las once se acuesta...

—Y se duerme al ruido acompasado de las idas y venidas de los guardianes *en el camino de ronda*—terminó Rouletabille sin pestañear.

—¡Oh joven, joven!

—Perdonadme, señor Mariscal—dijo el repórter levantándose.—En efecto; tengo muy mal humor, y sé que nada me queda que hacer en este país. No volveréis a verme, señor Mariscal; pero antes de partir he de deciros cuán agradecido estoy a la hospitalidad de vuestra gran nación. En ocasiones esa hospitalidad es un tanto peligrosa, pero siempre magnífica. En el mundo, sólo los rusos saben recibir, Excelencia; pero, lo digo como lo siento, eso no me impide dejaros, porque también sabéis echar a la gente. ¡Adiós, pues! No os guardo rencor. Mis más respetuosos homenajes a Su Majestad. ¡Ah; todavía una palabra! Recordaréis que Natacha Feodorovna estaba prometida a ese pobre Boris Mourazof; otro que también ha desaparecido, y que antes de desaparecer me encargó que entregase a la hija del general Trebassof un último recuerdo: estos dos pequeños iconos. Os los confío, señor Mariscal. ¡Soy vuestro servidor, Excelencia!

Rouletabille volvió a bajar la gran Kaniouche.

--Ahora--decía entre sí--me toca a mí comprar mis regalos. Y con paso lento atravesó la plaza de Caballerizas y el puente del canal de Catalina. Entró en Aptiekarski-pereoulok, y empujó la puerta del padre Alejo, bajo la bóveda, al fondo del oscuro patio.

—¡Salud y prosperidad, Alejo Hütch!

—¡Ah! ¿Otra vez vos? Y bien; ¿os ha dado cuenta Kuprian del resultado de mis análisis?

—¡Sí, sí! Dime, Alejo Hütch: ¿no te habrás equivocado? ¿Crees que no te habrás equivocado? Reflexiona bien antes de responder. ¡Es una cuestión de vida o muerte!

—¿Para quién?

—Para mí.

—¡Para ti, mi excelente amigo! ¿Quieres burlarte de mí, o hacer llorar al anciano padre Alejo?

—¡Responde!

—No; no me he engañado. Es tan seguro como que estamos aquí los dos: arseniato de sosa en las manchas de las dos servilletas; huellas de arseniato de sosa en dos de los cuatro vasos; nada en la botella ni en el frasquito; nada en los otros dos vasos. ¡Lo digo delante de ti y delante de Dios!

—Está bien... ¡Gracias, Alejo Hütch! Kuprian no ha querido engañarme. Pues bien; ¿sabes, Alejo Hütch, quién ha vertido el veneno? ¡Ella, o yo! Y como no he sido yo, ha sido ella. Y supuesto que ha sido ella, *voy a morir*.

—¿Luego la amas?—preguntó el padre Alejo.

—No—respondió Rouletabille con una sonrisa desolada.—No la amo; pero si es ella *quien puso el veneno*, no fué Miguel Nikolaievitch, y yo he hecho matar a Miguel Nikolaievitch. Ya comprenderás, por consiguiente, que debo morir. Muéstrame tus bellas imágenes.

—¡Ah, hijo mío! Si quieres permitir al anciano Alejo que te haga un regalo, yo te ofrecería de buena gana esos dos pobres iconos, que sin duda alguna son de la mejor época del convento de Troitza. Mira qué hermosos son y qué viejos, y qué pátina tienen. ¿Has visto nunca una Madre de Dios tan bella? Y este San Lucas, ¿qué te parece? Son dos maravillas, amigo mío. Si los antiguos maestros de Salónica volvieran al mundo, quedarían contentos de sus discípulos de Troitza. ¡Pero a tu edad no hay que matarse!

—¡Vamos, *batouchka!* (padrecito). Acepto tu regalo; y si en un próximo viaje encuentro a tus viejos maestros de Salónica, no dejaré de decirles que aquí abajo nadie sabe apreciarlos como cierto padrecito de Aptiekarski-pereoulok, llamado Alejo Hütch.

Mientras decía esto, Rouletabille envolvía y se guarda-

ba en el bolsillo los dos pequeños iconos. Ciertamente, aquel San Lucas agradaría a Sainclair. En cuanto a la Madre de Dios, de seguro que iría directamente a la *Dama negra*.

—¡Qué triste estás, hijo mío! ¡Y cuánta pena me causa tu voz!

Rouletabille volvió la cabeza para ver entrar a dos *mujiks* que llevaban un gran cesto.

—¿Qué queréis?—les preguntó en ruso el padre Alejo,—y qué es lo que os trae por aquí? ¿Tenéis el propósito de llenar vuestro cesto con mis mercancías? En ese caso, os saludo, y soy vuestro servidor.

Pero los otros dijeron sonriendo socarronamente:

—¡Sí, sí; cabalmente hemos venido para limpiar vuestra tienda de una vil mercancía que estorba en ella!

—¿Qué queréis decir?—preguntó el padre Alejo bastante inquieto; y acercándose a Rouletabille, le dijo:—¡Pequeño, defiéndeme de esta gente! No me agrada su aspecto, y no comprendo por dónde van a salir.

Rouletabille miró a los recién llegados, que se acercaron al mostrador después de haber depositado su cesto junto a la puerta. Tenían un aire sarcástico y cínicamente burlón, que le sorprendió desde luego. Mientras seguían hablando en su jerga con el padre Alejo, el joven llenó su pipa y la encendió tranquilamente. En esto empujaron de nuevo la puerta, y entraron otros tres hombres, vestidos sencillamente como honrados *tchinowicks*. También tenían maneras bellacas mirando en torno suyo en la tienda. El padre Alejo se asustaba cada vez más, y los otros se reían desvergozadamente en sus barbas.

—¡Apuesto a que esta gente ha venido para robarme!—exclamó en francés.—¿Qué te parece, hijo mío? ¿Llamaré a la policía?

—¡Guárdate bien de hacerlo!—respondió Rouletabille impasible.—Todos están armados; llevan revólvers en los bolsillos.

En el acto empezaron a castañetear los dientes del padre Alejo; y como tratara de acercarse a la puerta de salida, fué brutalmente empujado, y entró un nuevo personaje, correctamente vestido. Era lo que se dice un *gentleman*, salvo que llevaba en la cabeza una gorra de visera.

—¡Ah!—dijo en seguida en francés.—¡Es el joven periodista francés del hotel de la Gran Morskaia! ¡Salud y buena fortuna! Veo con placer que vos también apreciáis los consejos de nuestro querido padre Alejo.

—¡No le escuchéis, amigo mío! ¡No le conozco!—exclamó otra vez Alejo Hüch.

Pero el *gentleman del Neva* continuó:

—Es un hombre que está muy cerca de la primera ciencia, y, por consiguiente, no lejos de la Divinidad; es un santo varón, a quien conviene consultar cuando el porvenir parece difícil. Sabe leer como nadie—para ser fiel a la verdad, exceptuando al padre Juan de Cronstad—en las hojas de cuero de buey donde los ángeles malditos han trazado los misteriosos signos del Destino (aquí el *gentleman* cogió un par de botas viejas destalonadas, que arrojó en el mostrador en medio de los iconos). Padre Alejo, esto no es de cuero de buey; pero bien puede ser de vaca. ¿Podéis leer también en ese cuero de vaca el porvenir de este joven? Pero al llegar a este punto Rouletabille se adelantó hacia el *gentleman*, y le lanzó en pleno

rostro una enorme bocanada de su

pipa.—Caballero—le dijo,—es

inútil que gastéis tiem-

po y saliva. Os

esperaba.

XVI.— ANTE EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

Solo que Rouletabille no quiso entrar en el cesto, y no consintió en dejarse desarmar sin formal promesa de que irían a buscar un coche. El coche rodó hasta el patio, y mientras con un revólver en la frente contenían al padre Alejo en su tienda, el repórter subió tranquilamente al landó, fumando su pipa. El que parecía jefe de la banda (el *gentleman* del Neva) subió con él, y se sentó a su lado. En ambas portezuelas corrieron unas ventanillas que cerraron toda comunicación con el exterior, al mismo tiempo que en el interior se encendió una linterna. El vehículo se puso en marcha, conducido por dos hombres que llevaban gabanes oscuros, cuyo cuello estaba guarnecido de falso astracán. Los *dvornicks* saludaron, creyendo que se trataba de la policía. El portero hizo la señal de la cruz.

Aquel paseo duró algunas horas, sin otros incidentes que los producidos por los terribles vaivenes, que lanzaban uno contra otro a los viajeros. Esto podía ser tema de una conversación, que pretendió entablar el *gentleman* del Neva; pero en vano: Rouletabille no respondía. Sin embargo, hubo un momento en que el *gentleman*, que se aburría soberanamente, se puso tan pesado, que el re-

pórtter acabó por decirle con el tono seco que solía tomar cuando le molestaban:

—Os ruego, caballero, que me dejéis fumar tranquilamente mi pipa.

Al oír esto, el *gentleman* se apresuró a bajar prudentemente una ventanilla, porque empezaba a sofocarse.

Por último, después de muchos traqueteos hubo una parada, durante la cual cambiaron de caballos, y el *gentleman* rogó a Rouletabille que se dejara vendar los ojos. “¡Llegó el momento! ¡Quieren ahorcarme sin otra forma de proceso!”—pensó para sus adentros el repórter; y cuando, cegado por la venda que le pusieron, se sintió elevar por debajo de los brazos, sufrió una rebelión de todo su ser, que entonces que se hallaba en las cercanías de la muerte, *ya no quería morir*. Rouletabille se había creído más fuerte, más animoso; en todo caso, más estoico. Pero el instinto recobraba sus fueros; el instinto de *conservación*, que se desentendía de las bravatas del repórter, de sus ademanes heroicos, de su afectación para morir con arrogancia; porque el instinto de *conservación*, que, como su villano nombre lo indica, es esencialmente materialista, no pedía ni *pensaba* más que en vivir. Él fué el que dejó apagarse la última pipa de Rouletabille.

El joven estaba furioso consigo mismo, y palideció por miedo de no poder dominarse. Pero se dominó, y sus miembros, rígidos al contacto de otros miembros que los tenían prisioneros, se distendieron, y se dejó conducir. Verdaderamente sintió vergüenza de aquel desfallecimiento. Rouletabille había visto morir a hombres *que sabían que iban a morir*. Su profesión de repórter le había llevado más de una vez al pie de la guillotina, y los hombres que había visto allí murieron valerosamente. ¡Cosa extraordinaria! Los más criminales solían ser los más bravos.

Sin duda que, habiendo pensado largo tiempo en aquel minuto, habían tenido tiempo de prepararse a él; pero afrontaban la muerte casi con negligencia, y hasta tenían ánimos para decir cosas triviales o terribles a las personas que los rodeaban. Recordaba sobre todo a un muchacho de diez y ocho años que había asesinado cobardemente a una vieja y a dos niños en el fondo de un cortijo, y que marchó a la muerte sin temblar, tranquilizando al sacerdote y al abogado, que parecían próximos a desmayarse. ¿Acaso no tendría él tanta firmeza como aquel cobarde rapazuelo?

Le hicieron subir unos escalones, y notó que penetraba en la sofocante atmósfera de una sala cerrada. Allí le quitaron la venda. Hallábase en un recinto de aspecto siniestro, donde había una concurrencia bastante numerosa.

Entre aquellas paredes desteñidas y desnudas había seguramente unos treinta jóvenes, algunos tanto como Rouletabille, con ojos azules y candorosos y pálida y marchitez. Otros, más viejos, tenían tipo de Cristos; no de los Cristos animados de Occidente, sino tales como se ven pintados en los cuadros de la escuela bizantina e incrustados en los iconos con cinceladuras de plata y oro. Sus largos cabellos separados por una raya media, les caían sobre los hombros en doradas y rizosas ondulaciones. Unos estaban apoyados en la pared, de pie e inmóviles; otros, sentados en el suelo y con las piernas cruzadas; la mayor parte llevaban paletós comprados de lance en los bazares. Pero también había algunos campesinos vestidos con pieles de animales. Uno de ellos llevaba cordoncillos cruzados alrededor de las piernas, y calzaba zapatos de mimbre. El contraste que formaban con ellos algunas figuras graves y atentas, atestiguaba que había allí como una selección del partido revolucionario todo entero. En el

fondo de la habitación, detrás de una mesa, hallábanse sentados tres jóvenes, de los cuales el de más edad parecía contar veinticinco años, y que tenía un dulce rostro de Jesús en Domingo de Ramos.

En medio de la estancia había una mesita desnuda, sin utilidad aparente. A la derecha, otra mesa, en la cual pusieron papeles, plumas y tinteros. A ella condujeron a Rouletbille, rogándole que se sentara. Entonces vió que a su lado había un hombre de pie. Su faz estaba descolorida, amarillenta, escuálida. Sus ojos brillaban con fuego sombrío. A pesar de la espantosa deformación de su fisonomía, Rouletbille reconoció en él a uno de los amigos desconocidos que Gounsovski había llevado consigo a la cena de Krestowsky. El joven pensó que desde entonces le había perseguido la desgracia. Todo indicaba que se trataba de juzgar a aquel hombre. El que parecía presidir aquellos extraños debates pronunció un nombre: "¡Annouchka!" Abrióse una puerta, y apareció Annouchka.

Rouletbille apenas pudo reconocerla: tan desfigurada estaba con su aspecto de pobre rusa, con sus sayas de franela roja y el pañuelo que, anudado a la barba, ocultaba su magnífica cabellera.

Inmediatamente declaró en ruso contra aquel hombre, que protestaba, y al cual obligaban a callar. Sacó del bolsillo papeles que fueron leídos en alta voz, y que parecieron anonadar al acusado, el cual se dejó caer en su banco. El hombre tiritaba. Ocultó la cabeza entre las manos, y Rouletbille notó que aquellas manos temblaban. El hombre conservó esta postura mientras comparecieron otros testigos, que a cada instante provocaban murmullos de indignación, prontamente reprimidos. Annouchka se había reunido con los demás concurrentes junto a la pared, en la sombra que progresivamente invadía la pieza en aquel lú-

gubre crepúsculo. Dos ventanas de marco sucio y deslucido dejaban pasar difícilmente la luz indecisa de un menguado atardecer. Bien pronto aquellos rostros inmóviles que rodeaban los muros parecieron como las pinturas al fresco de colores empalidecidos por los siglos que se encuentran en el fondo de los conventos ortodoxos.

En medio de la penumbra y de un silencio espantoso, uno de aquellos hombres leyó un escrito: sin duda alguna, la sentencia.

Luego la voz calló.

Después se destacaron del muro algunas figuras, que avanzaron hacia el centro.

Entonces el hombre que estaba junto a Rouletbille se levantó dando un brinco salvaje, y pronunció a gritos palabras agrias, amenazadoras, suplicantes... Después sólo se oyeron sus estertores: *los que se destacaron del muro habían saltado a su garganta.*

El repórter dijo: "¡Eso es cobarde!"

Allá en el fondo de las tinieblas le respondió la voz de Annouscka: "¡Es justo"

Pero Rouletbille estaba satisfecho de haber dicho aquello, porque se había dado a sí mismo la prueba de que todavía podía hablar. Su emoción era tan grande desde que le arrojaron en el seno de aquella siniestra y expeditiva asamblea de justicia revolucionaria, que sólo pensaba en el terror de no poder *hablar*, decirles algo, fuera lo que fuese, para demostrarles que no tenía miedo. Pues bien; ya estaba hecho: les había dicho: "¡Eso es cobarde!"

Luego cruzó los brazos. Pero bien pronto tuvo que volver la cabeza *para no ver hasta el fin para qué servía aquella mesita que había en el centro de la pieza, sin utilidad aparente.*

Transportaron a ella al hombre, que aun allí forcejeaba

resistiéndose; le pasaron una cuerda por el cuello, y uno de los ajusticiadores, uno de los jóvenes rubios que no parecían de más edad que Rouletabille, subió sobre la mesa, y deslizó el otro extremo de la cuerda en una gruesa armella clavada en una viga del techo. Entretanto continuaba la lucha en torno de la víctima, que se resistía vigorosamente, y se oía el ruido de fuelle de fragua que producían los estertores de su pecho. Por último, una vez colgado apartaron la mesa, para que tuviera espacio libre donde patear hasta el aliento postrero. Pero exhaló el último suspiro en una sacudida tal, que el aparato homicida, cuerda y armella, cedió, y el muerto rodó por tierra.

Rouletabille lanzó un grito de horror: "¡Sois unos asesinos!—dijo.—Pero, por lo menos, ¿ha muerto?" Los hombres pálidos y de cabellos rubios se aseguraron de ello. Lo estaba. *Entonces llevaron dos sacos*, en uno de los cuales metieron el cadáver.

Rouletabille les dijo:

—Sois más bravos cuando matáis por explosión.

Lamentaba amargamente no haber muerto en la quinta. No alardeaba de valiente. Les hablaba con resolución; pero a la vez temblaba. Aquella muerte le había horrorizado. Esquivaba mirar *al otro saco*. Sacó del bolsillo los dos iconos de San Lucas y de la Madre de Dios, hizo una plegaria, y lloró pensando en la *Dama negra*.

Una voz dijo en la sombra:

—¡Llora el pobre muchacho!

Era la voz de Annouchka.

Rouletabille secó sus lágrimas y dijo:

—Señores, alguno de vosotros tendrá una madre...

Pero todas las voces le respondieron:

—¡No; no tenemos madre! ¡Ellos las han matado!—di-

ieron unos.—¡Ellos las han enviado a Siberia!—dijeron otros.

—Pues bien; yo todavía tengo una madre—replicó el pobre muchacho,—y no he tenido mucho tiempo de besarla. Es una madre a quien perdí el día de mi nacimiento, y no he vuelto a encontrarla—puede decirse—hasta el día de mi muerte. ¡Ya no volveré a verla! Tenía un amigo, y no volveré a verle tampoco. Aquí tengo dos iconos para ellos. Si me lo permitís, voy a escribirles una carta. Juradme que les enviaréis todo esto.

—¡Yo lo juro!—dijo en francés la voz de Annouchka.

—Gracias, señora; sois muy buena. Y ahora, señores, eso es todo lo que os pediré. Ya sé que estoy aquí para responder a acusaciones muy graves. Permitidme deciros desde luego que reconozco su fundamento. En consecuencia, no puede haber discusión entre nosotros: he merecido la muerte, y la acepto. Así, pues, me permitiréis que no me preocupe por lo que va a pasar aquí. Únicamente os suplicaré como última gracia que no apresuréis vuestros procedimientos, a fin de que pueda despachar mi correo.

Dicho esto, contento de sí mismo, volvió a sentarse, y empezó a escribir febrilmente. Le dejaron tranquilo, como deseaba. No levantó una vez la cabeza, ni aun para mirar a los sitios donde un murmullo más acentuado de la concurrencia atestiguaba que los crímenes de Rouletabille producían la más desagradable impresión. Y tuvo la alegría de ver completamente terminada su correspondencia cuando le rogaron que se levantase para escuchar el fallo. Aquella suprema conversación que acababa de tener con su amigo Sainclair y con la querida *Dama negra* le había devuelto las fuerzas. Oyó con mucho respeto la sentencia que le condenaba a muerte, mientras pasaba la lengua, poco higiénicamente, pero siguiendo una antigua costum-

bre, por la goma de los sobres. Con arreglo a ella, iba a ser colgado:

1.° Por haber ido a Rusia para mezclarse en asuntos que nada importaban a su nacionalidad, y esto a pesar de la previa advertencia que le habían hecho en Francia.

2.° Por no haber respetado promesas de neutralidad que libremente había hecho a un representante del Comité central revolucionario.

3.° Por haber tratado de penetrar el misterio de la quinta de Trebassof.

4.° Por haber hecho detener y azotar por Kuprian al compañero Mataiew.

5.° Por haber denunciado a Kuprian la personalidad de los dos médicos que habían recibido el encargo de curar al general Trebassof.

6.° Por haber hecho detener a Natacha Feodorovna. Evidentemente, era mucho más de lo que hacía falta.

Rouletabille besó sus iconos y se los entregó a Annouchka, así como las cartas. Luego, con los labios ligeramente temblorosos y la frente bañada por frío sudor, declaró que estaba dispuesto a sufrir su suerte.

XVII.—LA ÚLTIMA CORBATA

El *gentleman del Neva* le dijo:

—Si eso os molesta, saldremos al patio.

Rouletabille comprendió que en la pieza donde había sido pronunciada la sentencia no era posible colgarle, a causa de las extravagancias del reo anteriormente condenado al suplicio. No sólo había cedido el aparato, cuerda y armella, sino que, además, se había desprendido una parte de la viga.

—No me molesta nada—respondió Rouletabille.

Mentía. Aquello le molestaba tanto, que súbitamente se puso más blanco que su camisa, y tuvo que apoyarse en el brazo del *gentleman del Neva* para seguirle.

Abrióse la puerta; todos los señores que habían votado su muerte salieron en medio del más lúgubre silencio, y el *gentleman del Neva*, que decididamente estaba encargado de hacerle los últimos honores, con mucha suavidad condujo al repórter a un patio.

Era muy amplio, y estaba rodeado de un alto muro de tablas; algunas pequeñas construcciones y puertas cerradas se elevaban a derecha e izquierda. En un rincón había una gran chimenea medio demolida. Rouletabille supuso que debía de hallarse en una antigua fábrica abandonada. Sobre su cabeza el cielo tenía una palidez de sudario. Un ruido sordo y repetido, acompasado como el que pro-